

David Ginard Féron, *Aurora Picornell. Feminismo, comunismo y memoria republicana en el siglo XX*, Granada, Comares, 2018, 128 pp.

David Ginard, profesor de Historia Contemporánea de la Universitat de les Illes Balears, ha publicado durante los últimos años diversas aportaciones de relieve dedicadas a la historia del movimiento comunista español. En ellas no han faltado análisis enfocados desde el prisma de la semblanza bibliográfica¹. Un apartado donde resaltan sus trabajos sobre dos figuras coetáneas de relieve –Heriberto Quiñones y Matilde Landa–, que evidenciaron similitudes, y también nítidas especificidades, en el compromiso político de los años treinta y en los inicios del franquismo.

La biografía dedicada a Aurora Picornell se sitúa en una cierta confluencia con esos dos textos previos. De una parte, porque de nuevo aparecerá en sus páginas el complejo y escurridizo personaje de Quiñones, pareja sentimental de Aurora y su definitivo mentor político. Y, en segundo término, porque los paralelismos entre Landa y Picornell como sujetos históricos resultan más que notorios: ambas mujeres, generacionalmente afines (la primera nació en 1904, Picornell en 1912), intelectualmente muy activas y comprometidas con el Partido Comunista de España (PCE). Y las dos víctimas de la represión hasta el punto de adquirir el rango simbólico de mártires y ejemplos morales. Matilde Landa se suicidó en el penal de Can Sales, la lúgubre prisión de mujeres de Palma de Mallorca, el 26 de septiembre de 1942. Aurora Picornell, que había sido detenida el 19 de julio de 1936 en la capital balear, transitó por varias cárceles hasta acabar fusilada, probablemente por un grupo de falangistas, junto a otras reclusas (“Las rojas de Molinar”) en las tapias del oratorio colindante con el cementerio de Porreres en la noche de reyes de 1937.

Aurora Picornell. Feminismo, comunismo y memoria republicana en el siglo XX revisa y traslada al castellano un texto anterior del propio Ginard². En su nueva versión es un trabajo breve, de apenas un centenar de páginas, escrito con un tono conciso, donde el personaje biografiado sirve de estricto hilo conductor para un ejercicio que conjuga una concienzuda investigación con la prosopografía sobre diversos grupos históricamente convergentes –el entorno familiar de Picornell; el peculiar colectivo popular que pobló la barriada del

¹ *Heriberto Quiñones y el movimiento comunista en España (1931-1942)*, Documenta Balear-Compañía Literaria, Palma-Madrid, 2000, y *Matilde Landa. De la Institución Libre de Enseñanza a las prisiones franquistas*, Flor del Viento, Barcelona, 2005.

² *Aurora Picornell (1912-1937). De la història al símbol*, Documenta Balear, Palma, 2016.

Molinar; los círculos anticlericales y obreristas mallorquines de finales de los años veinte; el primer conglomerado comunista palmesano... Por su parte, la parte final del libro traza un cuidadoso recorrido por la memoria dedicada a la protagonista, por los efectos de una represión familiar y simbólica perpetuada durante decenios y por la paulatina recuperación de Picornell. Es en estas últimas páginas donde se evidencia con más claridad la inquietud reparadora que recorre la obra de Ginard sobre una figura invisibilizada incluso en el propio relato del PCE. De hecho, su nombre no figuró en *Mundo Obrero* ni durante la guerra ni en los largos años de exilio, no apareciendo hasta 1976, y muy de pasada, en la reseña de un primer acto local reivindicativo.

La reflexión que vertebra el recorrido sobre Aurora Picornell se enfoca atendiendo a una serie de factores contextuales que si bien no determinan, obviamente, a la protagonista, sí coadyuvan en la cristalización de un mundo de experiencias y de percepciones sin el cual no puede explicarse ni su militancia ni su poderosa personalidad. El recorrido que realiza Ginard por las vicisitudes de la que acabó denominándose como “la Pasionaria mallorquina” se despliega a través de un decidido sentido de la precisión explicativa y mediante un proceso de compleja reconstrucción marcado por notorias dificultades de disponibilidad documental.

En dicho recorrido priman las líneas de continuidad y coherencia en una suerte de crescendo biográfico. De esta forma, los perfiles de la protagonista parecen ir construyéndose capa a capa, por acumulación de aportes que van sedimentando el inventario necesario que desembocará en su compromiso comunista formalizado en septiembre de 1931 y ya nunca abandonado.

Aurora Picornell no se presenta, pues, a través del conflicto, de la tensión o de una hipotética yuxtaposición entre posibles facetas vivenciales, si bien algunos pasajes citados en el libro sugieren una potencial problematicidad que, quizá, hubiese necesitado de una reflexión algo más extensa. Llama la atención, por ejemplo, el radical contraste presente entre dos textos simultáneos de Picornell publicados el 11 de abril de 1931 y que son brevemente comentados. En el primero de ellos, de autoría expresa en forma de “carta abierta a las mujeres de Mallorca”, se evidenciaba un encendido apoyo a las candidaturas republicanas apelando a la conciencia cívica y al ejercicio democrático en las urnas. El segundo artículo, esta vez aparecido en las páginas del órgano comunista *Nuestra Palabra* bajo el seudónimo de “Amanecer”, añadía, en cambio, un llamamiento a la “República Obrera y Campesina” según el modelo soviético, en perfecta correspondencia con la línea oficial del PCE en lo que sería su rechazo al inminente cambio de régimen.

En similar sentido, la alusión al feminismo y al comunismo presente en el subtítulo del libro puede resultar, a primera vista, engañosa al sugerir una aparente correspondencia simétrica entre ambas etiquetas. Picornell militó, con apenas dieciséis o diecisiete años, en las filas de lo que cabría definir como un peculiarísimo feminismo radical no exento de resabios intelectualistas y de una cierta pose de transgresión y escándalo, promovido por José Antonio Ruiz (“Max Bembo”) y por Teresa Herrera conjugados bajo la etiqueta de “Margarita Leclerc”. En esas coordenadas nacería, de hecho, uno de los primeros textos publicados —si no el primero— por Aurora Picornell: un prólogo en coautoría que des-

plegaba una vibrante soflama a favor del proselitismo sobre la emancipación de la mujer fundamentado en el principio de superioridad femenina.

¿Aquello fue una boutade, un simple pecado de juventud o realmente marcó carácter? ¿De qué modo podemos enlazar ese tipo de afirmaciones, casi infantiles dada la edad de Aurora Picornell, con otros jalones representativos de su activismo y de su reflexión periodística ulterior? Y lo que puede resultar, sin duda, más complejo de calibrar pero igualmente interesante de contrastar: ¿de qué formas cabe situar aquel ejemplo personal en el marco de una taxonomía, siquiera indicativa, de posibles trayectorias derivadas desde esa matriz declarativa? Al respecto, y aunque sea tan solo a efectos anecdóticos, quizá valga la pena recordar algún otro caso de compromiso inicial en las filas del feminismo radical del decenio de los veinte como primer peldaño para una trayectoria que acabaría derivando hacia las antípodas ideológicas representadas por Aurora Picornell. Sería el caso de otro personaje singular –la hispano-cubana Carmen Velacoracho de Lara– que terminó trastocada a inicios de la década de los cuarenta en fervorosa antisemita y en irrefrenable apologeta del nazismo, incluso incómoda para el propio régimen franquista³. Como acaba de señalarse, Picornell y Velacoracho encarnaron, por supuesto, dos referentes opuestos. Sin embargo, en ambos ejemplos coincide ese compromiso feminista de primera hora, produciéndose una proyección pareja entre activismo, ejercicio intelectual y emergencia histórica de alternativas que cuestionaron el viejo orden de la política liberal.

Afianzada ya en la militancia comunista, Aurora Picornell volvió a implicarse con otras iniciativas nucleadas en torno a la cuestión femenina, como fueron sus actividades en el ámbito de la sección española del Comité Mundial de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo. Fue este un colectivo que respondía a los parámetros característicos de las llamadas organizaciones de masas con decisivo protagonismo comunista, pero proyectadas públicamente invisibilizando en todo lo posible la presencia del partido y recalcando un hipotético componente interclasista y de diversidad ideológica. Complementariamente, una parte destacable de la labor de Picornell entre las primaveras de 1935 y de 1936, en la prensa comunista balear o en su participación en mítines, estuvo nucleada en torno a la cuestión de la mujer. Publicó artículos por ejemplo dedicados a las condiciones laborales, o participó como oradora destacada en los actos del “movimiento femenino” celebrados en marzo de aquel último año en Lluçmajor, en el barrio de Santa Catalina y en la Casa del Pueblo de Palma.

La obra de David Ginard se sitúa en los estrictos parámetros de la escala local, pero evita cualquier posible constrictión reduccionista al sugerir un universo cultural mucho más amplio, susceptible de trascender lo microscópico o lo meramente personal. Como bien nos recuerda el autor, el nombre que la pareja Picornell-Quiñones dio a su hija – Octubrina Roja – resulta probablemente único, aunque su aparente excepcionalidad debe correlacionarse con una actitud impugnadora mucho más amplia frente a la tradición católica muy presente en los círculos laicos de los años veinte o treinta. Algo que confluirá

³ DA COSTA, Marco, “Carmen Velacoracho: el discurso totalitario al margen del franquismo”, *VI Simposio Internazionale su Ideologia, Politica e Rivendicazioni nella Lingua, Letteratura e Cinema in Spagnolo/Italiano*, Università degli Studi di Palermo, 2019 (en prensa).

en los hábitos comunistas a través de prácticas de inversión simbólica y de resignificación, como los “bautismos bolcheviques” o las “confirmaciones rojas”.

Aurora Picornell queda implícitamente retratada en el estudio de Ginard como idónea representante de la *mujer comunista*. No obstante, quizá hubiera sido deseable apuntar, con más precisión, algunas de las contradicciones que pudo arrastrar ese binomio en su materialización en el mundo de valores, de actitudes y de ejercicios de performatividad del ser comunista en las Baleares de los años treinta, unas dimensiones que pueden caracterizarse, además, desde un prisma transnacional mayor. Y es que la ambigüedad presidió muchas de las manifestaciones de la subjetividad femenina y sobre la feminidad manejadas en representaciones o en prácticas comunistas. Claude Pennetier y Bernard Pudal han hablado, al respecto, de un “feminismo sin feminismo” a la vista del relato oficial del Partido Comunista Francés, del escaso peso orgánico –cuantitativo y cualitativo– otorgado a la mujer o de las autorrepresentaciones de cuadros femeninos de aquella década⁴.

Aún queda mucho camino por recorrer en el estudio de las comunistas españolas de los años treinta. La narrativa de partido tildó de pequeñoburguesas a las reivindicaciones que comenzaban y acababan hablando de emancipación femenina, considerando que únicamente adquirirían sentido si se subsumían dentro de una identidad comunista fuerte y absorbente. Aún no conocemos bien las conexiones entre las prácticas asociadas a esa demarcación identitaria y otras expresiones de afirmación, más o menos vehementes, de la feminidad. Asimismo es necesario abordar los efectos del *giro conservador* estalinista, por ejemplo en el campo de la exportación de representaciones sobre la mujer soviética –símbolo por antonomasia de la *mujer nueva*– y en cómo repercutieron en el imaginario de los partidos occidentales. O las posibles cargas patriarcales asociables al fenómeno plural del culto a la personalidad. O bien la hipotética proyección de ciertos moldes de género (del arquetipo viril al maternal) destacados en la conformación simbólica de Pasionaria durante la Guerra Civil y que necesitan ubicarse en su relación con una tipificación más amplia de la mujer comunista⁵.

Quizá un artículo, aparecido en *Estampa* en junio de 1937, de Aurora Arnáiz –otro nombre generacionalmente coetáneo y afín, en otros muchos sentidos, a Landa y Picornell– permite extraer alguna pista en esa dirección. En aquel texto acabó resaltándose un modelo ideal de comunista cotidiana fijado en virtud de su sometimiento a un triple trabajo: en el espacio doméstico, en el esfuerzo de la economía de guerra en retaguardia y en su entrega al partido, un ámbito educativo y socializador dirigido a erradicar los considerados como temores propios de la ingenuidad femenina.

José Carlos Rueda Laffond
(Universidad Complutense de Madrid)

⁴ PENNETIER, Claude y PUDAL, Bernard, “La part des femmes, des femmes a part”, PENNETIER, Claude y PUDAL, Bernard (eds.), *Le sujet communiste. Identités militantes et laboratoires du moi*, Presses Universitaires de Rennes, Rennes, 2014, p. 189.

⁵ LLONA, Miren, “La imagen viril de Pasionaria. Los significados simbólicos de Dolores Ibárruri en la II República y la Guerra Civil”, *Historia y Política*, 2016, 36, pp. 263–287.